

guerra, sino á manos de la revolucion, creando ésta la libertad; miéntras que hoy la Europa, gracias á nuestras vacilaciones, se encuentra como en los últimos y ominosos tiempos del imperio romano; y ahora, como entónces, la guerra destruye y aniquila nuestra raza.

¡Desgraciado, desgraciadísimo partido liberal! Apenas la vida orgánica se anuncia ya en las últimas escalas de la naturaleza, el imperceptible zoófito revela y manifiesta el instinto de conservacion; y nace el progresista, y en vez de dar señales de igual instinto, no realiza un acto que no conduzca á su perdicion, sin que nada le sirva la enseñanza de la historia.

El año 1808 salva á Fernando VII, y éste le responde con la persecucion y el cadalso; el año 20 detiene la revolucion ante las puertas de Palacio, y Palacio le responde trayendo poco despues la intervencion extranjera; el año 30 salva á la Regencia, y la Regencia le proscrib; el año 43 declara la mayor edad de la reina, y la reina le expulsa; el año 54 detiene á la revolucion otra vez delante del real Palacio, y el 56 el real Palacio vuelve á pisotear la libertad y á proscribir liberales.

Despues, cuando ya el rey no era necesario, los liberales dicen: No hay rey, somos libres, somos dueños de nosotros mismos; pero queremos rey, queremos cadenas, queremos bozal y albarda, y traen un rey, y el rey los espolea como á un caballo, y cuando lo cree domado, expulsa por quinta vez al partido progresista, que cae bajo el peso de sus instintos de suicidio.

Esto, ciudadanos, no se puede curar, no se debe curar sino con un gran arrepentimiento de parte suya y un gran olvido, una gran absolucion de nuestra parte. (*Sensacion.*)

Porque, despues de todo, debo decirlo, y os ruego os fijeis bien en esto: yo amo sobre todas las cosas la

república; á ella he consagrado toda mi vida, todo cuanto soy, todo cuanto puedo; pero debo recordaros que no quiero una república de perseguidores y perseguidos, de opresores y oprimidos, de castigos, incendios y matanzas, sino una república que sea como el espacio, donde todos caben; como un templo, donde hay lugar para todos los hombres redimidos. (*Aplausos.*)

La república, quiéranlo ó no lo quieran, es la forma de gobierno de nuestras ideas, la forma de gobierno de nuestros sentimientos, el organismo, por consiguiente, natural de nuestra civilizacion.

¿En qué consiste el que no sean hoy posibles las formas monárquicas? En una cosa muy sencilla: en que ya no viven las ideas ni los sentimientos monárquicos. Cuando el pueblo era monárquico, el rey simbolizaba toda la vida, toda la historia, todas las tradiciones gloriosas; llevaba en su mano el cetro como si fuese un rayo, y la corona parecia labrada por un destello del sol. El sacerdote creia que sus monasterios habian salido bajo el manto de los reyes. Ante el troton del rey victorioso el pechero veia caer sus cartas-pueblas; á los reyes cantaban los poetas en sus grandes dramas como *El mejor alcalde el rey*; los pintores trazaban el retrato del rey junto á la efigie de los santos; el guerrero invocaba al morir al monarca; y cuando el marino veia surgir nuevos mundos á su vista, en la primera oracion pronunciada sobre su carabela confundia con el nombre del rey el nombre de Dios y de la Patria.

¿Sucede ahora esto mismo? No; los poetas no se llaman Calderon, sino Quintana, que fué grande por haber cantado la libertad; los artistas pintan los Comñuneros de Castilla; los guerreros no se ponen al servicio del rey, y si su espada brilla, es porque brilla al servicio de la libertad, como lució en Luchana y Alcolea.



Los días faustos del pueblo no son los días del rey, en el cual sólo ostenta Sevilla una tímida colgadura; los días faustos del pueblo son los aniversarios de la caída de los reyes.

Antes los oradores más elocuentes, Bossuet, Massillon, se ponían de rodillas para elevar hasta el cielo el nombre de los reyes; ahora Mirabeau, Vergniaud, Víctor Hugo y tantos otros hacen de sus lenguas badajos para llamar á la revolución, que ha lanzado y ha de lanzar de su trono á todos los reyes. (*Vivas y aplausos.*)

Ahora bien; á cierto estado de la tierra corresponden ciertos y determinados organismos; cuando nuestro planeta era una masa ígnea, un volcan inmenso, no cupo en él la organización humana; cuando fué una selva de colosales proporciones, los mastodontes y otros monstruos cruzaban aquella vegetación gigantesca; fué necesario que otros períodos preparasen al mundo sub-lunar para recibir otros organismos superiores. De igual modo y por una rotación idéntica las instituciones sociales y políticas dependen del estado de los espíritus y de las ideas á cuyos desarrollos corresponden los progresos y adelantos de aquéllas; y por tal motivo, cumpliéndose las leyes de esta lógica rigurosa, al morir las ideas de otros tiempos, fenecieron también las instituciones del pasado; y así como hoy tenemos que acudir á los museos para contemplar los restos de la fauna primitiva y los esqueletos monstruosos de colosales paquídermos, dentro de poco hallaremos tan sólo los restos de los reyes en las Pirámides de Egipto, bajo las ojivas de Windsor, ó en el panteón del Escorial.

La monarquía, ciudadanos, muere, y en cambio renace la República, á la cual debe todas sus ventajas la civilización moderna. Una República, Grecia, inventa

las artes; otra República, Roma, crea el derecho; Venecia descubre la brújula; Pisa, la grua; Génova, la letra de cambio y educa al inmortal Colón; en Strasburgo ó en Maguncia, diferencia que importa poco, pues ambas ciudades eran libres, nace la imprenta; las ciudades fenicias forman el alfabeto; Cartago abre al comercio las anchurosas vías del Mediterráneo; en Florencia se verifica la resurrección del espíritu con el renacimiento de las artes; Holanda echa los cimientos de la libertad religiosa y la libertad comercial; los Estados-Unidos proclaman los derechos individuales, y, por último, la primera República francesa derrite todas las cadenas y redime todas las conciencias; de modo que cuando decimos ¡viva la República! decimos ¡viva la libertad! ¡viva el progreso! ¡viva la civilización moderna! (*Vivas entusiastas y aplausos prolongados.*)

Ciudadanos: nosotros queremos la República, pero además, y debemos advertirlo para que nadie se equivoque, la República que queremos es la República federal, que es como si dijéramos, miel sobre hojuelas. (*Risas.*)

Pues bien; queremos que sea federal, porque ésta, ante todo, y me retoza en los labios este dicho, lo primero que ha de hacer es librarnos de la plaga de los gobernadores de provincias. (*Ruidosos aplausos y muestras de general asentimiento.*)

Pero prescindiendo de esta funesta calamidad transitoria, hay otras razones fundamentales que justifican nuestra predilección; y como yo no vengo aquí con teorías arbitrarias, sino que traigo argumentos prácticos y tangibles, voy á poner frente á frente dos grandes modelos de República para que todos comprendan por qué preferimos la una á la otra.

Ha habido en el mundo una gran República unitaria que ahora no se muere (*risas*), Francia; y otra



gran República federal, los Estados-Unidos. Dios ha puesto estas dos columnas de fuego en el camino de la humanidad para enseñanza perdurable de los pueblos.

Yo, ciudadanos, no conozco movimiento más grande que el movimiento de la revolución francesa; pero tampoco he conocido ninguno más humilde que el de la revolución americana; aquélla fué preparada por los filósofos más ilustres de los siglos XVII y XVIII; ésta por humildes predicadores, desterrados por un rey reaccionario, que, después de haber aprendido en Suiza á sentir la libertad, fueron sin otro auxiliar que un libro, la Biblia, á implantar aquélla en las comarcas vírgenes del Nuevo Mundo.

La República francesa contó con todos los grandes oradores; la de América fué creada por hombres modestos de casi vulgar inteligencia: aquélla tuvo héroes como Dumouriez y el mismo Napoleón, mientras que ésta recuerda sólo en sus brillantes páginas á un gran ciudadano, Washington, cuyo nombre no retumba en los campos de batalla, pero lo veneran con cariñoso respeto todas las ciudades.

Y sin embargo, aquélla pasó fugaz como una tremenda orgía, como una embriaguez del espíritu humano; y ésta permanece allí firme é inquebrantable. Dios, que premia las grandes causas, hace que el rayo vaya á besar sus plantas, que la prosperidad premie sus esfuerzos, y que la libertad brille siempre en su frente, como para demostrar que los pueblos que el Sér Supremo elige y sostiene son aquellos que se fundan sobre las bases inmutables de la justicia y del derecho. (*Ruidosos aplausos.*)

(En este momento las campanas de la inmediata torre de la Giralda, empezando una plegaria, mezclaron su sonido con la voz del orador, dificultando que se le oyese, por lo cual éste tuvo que suspender su discurso, rogando al auditorio esperase algunos minutos.

Durante este tiempo, una comisión del pueblo presentó al inspirado orador una preciosa y magnífica corona de plata y oro, fabricada en los talleres del acreditado artífice Sr. Ceballos. El público aplaudió tan oportuna distinción, y á las cuatro continuó Castelar en el uso de la palabra, siendo saludado, al aparecer de nuevo en la tribuna, con generales aclamaciones. En esta nueva parte de su peroración dijo lo siguiente:)

Ciudadanos: aunque os moleste, quiero exponer las razones capitales en cuya virtud hemos preferido la República federal á la unitaria.

Uno de los mayores males que pueden caer sobre los pueblos es el gobierno de partido; y tenemos, ó mejor dicho tienen los monárquicos una desgracia, que para nosotros es una fortuna: y aquí debo advertir que yo no trato de ofender á nadie, sino de exponer los fenómenos que pasan á nuestra vista para que estudiéis y aprendáis. Esa desgracia de ellos, esa fortuna nuestra, consiste en que los reyes han pasado de jefes de nación á ser jefes de partido.

Por ejemplo, y hablaré con el respeto que guardo á las ideas ajenas, ¿qué es D. Carlos, sino el jefe del partido tradicional histórico? Mientras los tradicionales se enternecen leyendo la reseña del nacimiento de un príncipe sin principado, otros monárquicos se rien de tales leyendas y de semejante título. Don Alfonso, que sigue al anterior en el orden cronológico de los pretendientes, es el jefe del partido moderado; pero los tradicionalistas no lo quieren por demasiado liberal, mientras que los progresistas lo rechazan por reaccionario, aunque no tienen muy lejos algunos modelos que puedan asimilársele. (*Muestras de asentimiento.*) Todos son jefes de partido, y no quiero decir de qué partido, no partido, de qué fracción es jefe uno á quien me he propuesto no nombrar. (*Ruidosos aplausos.*) Ejemplo: manda D. Alfonso, y con él sólo pueden go-



bernar los moderados; impera otro, y tampoco puede gobernar con él más que un partido; los otros, que se ven alejados por la ingratitud, si le encuentran en la calle no le saludan, y si son convidados á comer no acuden al banquete, aunque poco ántes eran amigos del monarca. (*Risas.*) Y no quiero decir nada de un rey que hay en la luna (*risas estrepitosas*), y por cuya córte no parece ni un aristócrata rancio, ni un obispo, ni es favorecida más que por algunos individuos de las clases medias, que ya le van abandonando.

Y ¿qué sucede con esto?

Sucede que gran número de inteligéncias y voluntades se pierden para la causa nacional y para la Patria.

En cambio, ¿qué es la república? Un organismo en el cual todas las instituciones tienen un origen electivo. Y yo pregunto: ¿Cuál de los carlistas, de los moderados, de los progresistas ó de los radicales se cree rebajado ni deprimido admitiendo un cargo de eleccion popular? ¿No van todos á los municipios? ¿No van todos á las diputaciones y á las Córtes? Y si mañana se estableciese el jurado, ¿no irian á él, obedeciendo al mismo principio, al mismo procedimiento y al mismo criterio? Pues haced con los altos poderes otro tanto, y todos tendrán abiertas sus puertas, y todos los partidos turnarán en ellos; porque no serán entónces un dón de los reyes, sino que habrán de ejercerse por designacion de los pueblos.

Diráseme que semejante sistema despertará un semillero de ambiciones, pero esto tiene un remedio infalible: que el poder central tenga poco que hacer, poco que cobrar, poco que pagar, pocos soldados que mandar, poco presupuesto, poco turrón que distribuir. (*Risas y aplausos.*) ¿Quién quiere ser presidente de la república en Suiza? Nadie; porque allí, para todo gé-

nero de representaciones y gastos, aquel magistrado no tiene más recursos que la exigua retribucion de 4.000 reales mensuales.

Pero, señores, reyes con treinta millones de sueldo y ministros que hacen del presupuesto un vínculo de familia, que reparten entre parientes y paniaguados, eso lo quieren todos. Pero entregad al municipio todo lo que le pertenece; dad á las diputaciones todo lo que les es propio; declarad la libertad profesional para todas las carreras; haced á los gobernadores de provincia funcionarios elegidos por las mismas; reducid los gobiernos centrales á la representacion en el extranjero y á las otras pocas funciones que corresponden á los intereses generales; reducid, por último, el poder central á la categoría de un gran ayuntamiento, y evitando los escollos, más temidos que reales, habrémos fundado el gobierno de la nacion por la nacion misma. (*Aplausos.*)

Otro motivo de gran trascendencia justifica nuestra predileccion á favor de la república federal. Nadie me podrá tachar de socialista, y yo sería el último de los hombres si en presencia del pueblo no repitiese esa declaracion con la frente alta y con la energía con que siempre he dicho lo que he creído verdad; porque jamas adulo ni á los pueblos ni á los reyes. Pero despues de repetir que no soy socialista, yo tengo que decir que, sin que se destruya la propiedad individual ni los derechos individuales, es de todo punto necesario que se realice la emancipacion científica, religiosa, política y económica del cuarto Estado. Lo que yo combato es que se presente como un progreso, como un ideal, la propiedad colectiva, propia de la estepa Rusia, y que está entre los despojos del pasado.

Yo creo que así como los pueblos desde el siglo v al x son de las razas bárbaras, y desde el x al XIII son